

GALERÍA CONTEMPORÁNEA

DOMINGO F. SARMIENTO

POR

ERNESTO DE MENDIZÁBAL

Edición única de 300 ejemplares 10 de ellos numerados

BUENOS AIRES

Imprenta, Litografía y Encuadernación de Jacobo Peuser

SAN MARTÍN ESQUINA CANGALLO

1895

EN PREPARACIÓN

Enrique B. Moreno — Nicolás Avellaneda
—Dr. Dardo Rocha — Dr. Manuel Bil-
bao, etc., etc.

Á MANERA DE INTRODUCCIÓN

Doy forma de libro á estas líneas que yacían dispersas en las columnas de los diversos diarios en que hacen años aparecieron, porque deseo que sean la herencia y la enseñanza de mis hijos, que si bien son niños al presente serán ciudadanos argentinos en lo porvenir.

Quiero que se inspiren en los hechos y en las doctrinas de los patricios á quienes me ha sido dado juzgar sin rencor y sin lisonja durante ellos vivieron, pues la mayor parte de las páginas que hoy recopiló fueron publicadas cuando existían los que las han motivado.

Excuso decir que adoro estas páginas con acendrado cariño porque estimo que aun cuando escritas en momentos en que la pasión podía enceguecer han sido trazadas con verdad y justicia y hoy, diez años después de publicadas, encuentro que todo un pueblo dice de mis personajes lo que fui el único en decir públicamente en días de lucha política ardiente, cuando la tumba no había aún abierto para los que ya se han ido la era de las justicias póstumas.

Esto deseaba decir, para explicar la publicación de un libro que contiene escritos publicados en los años 1884, 1885 y 1886 y, por añadidura, en país extranjero.

Buenos Aires, Diciembre de 1895.

DOMINGO F. SARMIENTO

DOMINGO F. SARMIENTO

I

Era yo criatura pequeñísima. Recuerdo confusamente que un día se produjo extraordinario movimiento en la casa de mis padres: conciliábulos misteriosos, risas, exclamaciones de maravilla, idas y venidas, consultas multiplicadas, vacilaciones. El hogar estuvo por veinticuatro horas convertido en algo semejante á un congreso de mujeres en que ellas mismas discutiesen su hermosura. De todo aquel movimiento solo me quedó en la memoria grabado un nombre,—Sarmiento,—que fué como la nota alta que predominó en la excitación enorme de aquel día. Hasta ahora no he podido saber por qué se produjo tanto movimiento, pero, confrontando fechas y hechos de familia, he llegado á presumir que proviniese de una carta que Sarmiento dirigió á un querido hermano mio,—el malogrado Horacio,—contestando á la dedicatoria que éste le hizo de sus primeros *Versos*. Corroboré esta creencia cuando, ya hombre, supe que mi padre y mi hermano mantenían

vínculos de afección cariñosos con el notable estadista é insigne batallador.

Muchos, muchísimos años más tarde, en la época en que hice mis primeras armas en la lucha literaria, vine recién á relacionarme con Sarmiento, si bien esta relación no ha sabido resistir, manteniéndose siempre igual, las contingencias de la vida del hombre público y de la vida del publicista: el uno gobierna, produce hechos, cambia situaciones y hábitos, y el otro juzga si es imparcial y recto, con el crietrio de su sinceridad más absoluta. Pero yo tengo cariño á mis recuerdos, y nunca olvido las horas pasadas cerca de Sarmiento, oyendo su palabra siempre autorizada y observando sus menores movimientos siempre interesantes.

El protagonista de este cuadro decía en cierta oportunidad, haciendo el estudio de lo que él habia ganado ó perdido en el concepto público, que cuando llegó de Norte América á hacerse cargo de la Presidencia de la República, notó que todos por la calle le miraban curiosamente y á las veces con mirada airada; pero que hoy (año 1880), por el contrario, se le miraba con interés, cariño y admiración. Es cierto;— Sarmiento dijo verdad. En la actualidad ha dejado de ser hombre para convertirse en una idea viviente. Cuando le encontramos por la calle no es para nosotros los argentinos una mera mortal

envoltura de que mañana se apoderará la tierra, sino la historia de nuestra vida en cincuenta años de lucha perpétua, la encarnación de mil combates en que Sarmiento ha ido siempre á ocupar su puesto. Todo ha concurrido á esta apoteosis: su cuna, sus contrariedades de la juventud, su persistencia, su talento, hasta sus mismas originalidades.

Vulgarmente hablando, Sarmiento no está al alcance de todos: no le gusta entregarse al público completamente. El círculo de sus relaciones es muy grande, pero el número de sus amigos íntimos es relativamente pequeño. Es poco dado á pasear acompañado, y por lo general sale solo, deteniéndose á mirar minuciosamente todo cuanto le llama la atención, ensimismándose en su pensamiento y muchas veces moviendo imperceptiblemente los labios como si se refiriera á sí mismo sus ideas. Sarmiento sabe, no hay de ello duda, que va por la calle llamando la atención de todos, porque no hay nadie que no le mire como queriendo adivinar sus más íntimos pensamientos; pero afecta tal indiferencia, tal despreocupación burguesa, que nadie advierte la mínima señal de orgullo ó vanidad.

II

Sucede con Sarmiento lo que con Víctor Hugo. Cuenta Edmundo de Amicis que lo que hace titubear á los admiradores que desean visitar al gran escritor francés, es la creencia de su inmenso orgullo. Pero nada más erróneo tanto en uno como en otro. Sarmiento es muy afable, comunicativo y sencillo en la vida íntima, aunque en lo general sea reservado, porque tiene conciencia de que se estudian hasta sus menores movimientos. Es evidente que de él se desprende algo semejante á un fulgor misterioso que sobrecoge al visitante, pero esto está más bien en la mente de todos, poseidos como se hallan del respeto y la admiración que se le profesa.

Además de esto, todo contribuye en Sarmiento á impregnar el ambiente de una majestad que sobrecoge: su cuerpo por tanta vida viejo, pero fuerte aún; su rostro surcado por las arrugas de la edad anciana, pero siempre tan expresivo

é ingenuo; su inmensa frente coronada por una calvicie originada por sus estudios prolongados; su voz tan persuasiva y su conversación erudita; su acento siempre impregnado de ingenuidad poderosa. Contribuyen también muchísimo las medias tintas y el silencio que siempre reina en su casa: al primer golpe de vista se comprende que allí vive un hombre de pensamiento.

Los salones son espaciosos, adornados con un gusto severo y casi sumidos en la sombra; en todos los ángulos se destacan bustos de hombres célebres, y el de Sarmiento mismo, hecho en mármol por el escultor Romairone. Los jardines no son alegres porque no responden á la coquetería de una dama sino á las necesidades de un botánico, que es el mismo Sarmiento: las plantas parecen tristes, sus hojas amarillean, sus flores se desprenden de sus gajos y caen, mustias, al suelo. Parece que las flores hablaran allí el lenguaje de la ciencia y no el de los olores.

La mansión de Sarmiento es un reflejo del mundo norteamericano: todo habla en ella de Lincoln, de Horacio Mann, de Webber, de Bentham, de Store, de Spencer. No se advierte aquel amor desmedido al lujo ni á los refinamientos de la molicie. No existe lo supérfluo. Un *high life*, un *gommeux*, se moriría allí de necesidad: todo le hablaría de una vida de trabajo intelectual, levantándose con el sol á observar

el estado del jardín botánico primero, luego á visitar los animales útiles, las *carpas* por ejemplo, y por fin yendo á la sala de estudio á escribir ó á pensar.

Cualquiera que llega á casa de Sarmiento en momento inoportuno, lo comprende inmediatamente. Lo primero que divisa es al dueño de casa, rodeado de libros y papeles, que, lápiz ó pluma en mano, anota, subraya, marca, elabora. Está absorto en su trabajo. La biblioteca se halla allí cerca y á cada momento va á ella á traer alguna otra obra que está siempre llena de señales como diciendo por sí misma qué de veces la ha estudiado su propietario.

III

No podría decir con certeza si Sarmiento es orgulloso ó vano: á mí me parece que no es ni lo uno ni lo otro. A una artista que ensayando el «Hernani» criticó alguno de sus versos, Víctor Hugo le contestó: — «Señorita, Vd. olvida con quien habla. Tiene Vd. gran ingenio, no lo niego, pero yo también tengo un gran ingenio y merezco algunas consideraciones.» — A mí me parece que una alta estimación de sí mismo es uno de los elementos del genio, el que dá vida á las grandes empresas. No creo que admitida la índole de Sarmiento sea posible concebir un Sarmiento modesto. Él trata á los grandes del mundo de igual á igual: el genio no tiene patria. Sus obras son un templo al que los profanos debemos penetrar con la cabeza descubierta y en silencio, mientras que él entra á la *sans façon, en habitué*. En sus escritos se encuentran mil manifestaciones de la conciencia que tiene de su grandeza: el valor soberbio con que penetra en los dominios del saber y cómo afronta los más altos problemas de la filosofía; la libertad con que osten-

ta sus licencias literarias, como si estuviese seguro que, osadas por él, serán moneda corriente y riqueza común: la entonación magistral de sus prefacios que anuncian sus obras como un acontecimiento social: el cuidado con que hace recoger las palabras y los actos más insignificantes de su vida. Su misma prodigalidad en los elogios revela al hombre que está seguro de prodigarlos de lo alto, sin temor de que el envanecimiento que produzcan llegue á redundar en su perjuicio. Cuando Sarmiento ha dicho de una persona: — «Es un mozo despierto.» — ya crée haberle colocado en la cúspide de la gloria y á cubierto de las envidias y persecuciones rastreras.

Tiene una idea cabal de su importancia y está seguro de no haber obrado mal jamás. No sabe lo que son remordimientos. Una vez me decía:

—Vea Vd. señor; cada dia me voy sintiendo más viejo.

— ¿Pero sufre, señor? — le pregunté.

— No, sufrir no. Pero mi espíritu se vuelve continuamente á mi infancia.

— ¿Recuerda, entónces, su vida de niño?

— Sí, señor. Con la edad, todos los actos de mi juventud y de mi edad madura vienen á mi memoria. Y no sufro con ello, antes al contrario gozo porque observo que siempre he procedido bien.

— ¿Quién lo duda?

— Lo único que á veces me atormenta,—pro-

siguió diciendo Sarmiento como si hablara consigo mismo, — es ver que me voy quedando solo. Todos mis amigos han ido uno trás otro desapareciendo en la fosa comun: á mi rededor veo el vacío. ¡Cuántas afecciones muertas! ¡Con cuánta felicidad estrecharía hoy la mano y besaría la frente de mis amigos de veinte años!.....

.....

Sarmiento siente con mucha intensidad; se posesiona de tal modo de las cosas, que las considera estereotipadas en su persona y no acertaría jamás á separarlas. Es el único hombre que haya creído que la felicidad de la patria dependiese de él: así lo dijo una vez en el Congreso Argentino..... «Me quedan minutos de ser Ministro,—decía, y voy á apurarme muchísimo para decir lo que necesito en honor de la verdad, de la virtud, de la justicia, y para salvar al país de una trampa en que ha caído y de la que solo un hombre pudiera salvarlo, Domingo Sarmiento, como lo ha salvado de la misma manera muchísimas veces.»

En otra ocasión nos decía á varios amigos que nos hallábamos reunidos:

—Vamos, díganme que significa esto! Yo no soy ningún ente para ir por donde vayan todos. No estoy acostumbrado á que la muchedumbre me empuje: yo soy por el contrario quien la empuja. Yo no soy ningún titere: mi costumbre es mandar desde la altura de mi posición.....

IV

Sarmiento no sabe ni siquiera aparecer indiferente ante lo que le atañe. Él tiene un grande amor á su nombre, á su gloria, á su vida pública y es herirle en el alma herir esas cosas que tanto ama. Ya él mismo expresó, en un discurso parlamentario, «que queria que esa vez los jóvenes que vienen después de ellos los viejos que han luchado treinta años, oyesen la palabra y creyeran á un hombre sincero, que no habia tenido ambiciones nunca, que nunca habia aspirado á nada, sino á la gloria de ser en su país, si podía, un nombre, ser Sarmiento, que valdria mucho más que ser Presidente por seis años ó Juez de Paz en una aldea». Y esto es la verdad. Recuerdo que cuando los hermanos Gutierrez se desataron en la «Patria Argentina», en aquellos improperios contra Sarmiento que les valió que éste les llamara los *Gutierritos*, nunca nadie ha sufrido como sufrió entonces moralmente el protagonista de esta sem-

blanza. Así como la hiena ruga iracunda y hambrienta contra quien intenta arrebatarle sus chicleos, así rugía de ira Sarmiento al leer esos escritos de los *Gutierritos* en los que se negaba su talento, su gloria, sus servicios al país, su talla indiscutible de estadista. Sarmiento apareció en la prensa para defenderse por sí mismo y produjo en aquella época esos artículos que son el modelo de la lucha encarnizada, del odio reconcentrado, del concepto que despedaza. Emilio Zola coleccionó sus críticas y las tituló, — *Mes haines*; — estoy seguro que Sarmiento ha reunido su defensa y la tiene sobre su escritorio titulada así: — *Mis odios*.

Nunca he visto excitaciones más grandes que las excitaciones de Sarmiento. Cuando sostenía la polémica con los hermanos Gutierrez, estaba fuera de sí, iracundo, perpétuamente esplinado. Asistía á la redacción de *El Nacional* de Buenos Aires á corregir las pruebas de imprenta, y en vez de hacerlo se concretaba á explicar de viva voz cuanta maldad había en la acción de los *Gutierritos*, quiénes eran ellos, y salpicaba sus palabras con mil improperios gigantescos, hijos de su desesperación, de su impotencia. Estoy convencido que en aquellos arranques de furor le habria parecido que un asesinato alevoso era, comparado con las diatribas de sus contrarios, un crimen nimio solo digno de niños de teta. El gran delito,

el gran crimen era atentar á la gloria, á la virtud, á los servicios y al buen nombre de Sarmiento. La verdad es que el hombre más dueño de sí mismo no habria podido permanecer impassible en caso igual. Los hermanos Gutierrez trataban á su enemigo de degollador, asesino y foragido, y bien se comprende que un hombre que durante cincuenta años ha trabajado por transmitir un nombre puro á la historia y *ser en ella Sarmiento*, no pueda á menos de experimentar una gran desesperación, mezclada con ira, ante la ingratitude y la injusticia manifiestas.

Pero Sarmiento es de todas maneras y en todo siempre igual. Es la persona más exaltada que conozco y por esto me explico que haya sido tambien militar. Estoy cierto que en la milicia ha hecho gala de un valor temerario. En política es avasallador. No admite contrariedades y cuando éstas aparecen le ponen fuera de sí. Recuerdo todavía el estado en que le ví después de una derrota ministerial. Avellaneda le había llamado á su lado y Sarmiento, con esa voluntad de hierro por todos reconocida, había resuelto cumplir todo un programa de gobierno. Pero los sucesos no le fueron propicios y aquel hombre, coartado en su acción, sintió que su cerebro estallaba, que su vida se deshacía y que por aquella vez iba á caer vencido. Dimitió del Ministerio que habia aceptado con sacrificio, pero antes quiso

librar la última batalla. Para Sarmiento no había en aquellos momentos más incógnita que la felicidad de la patria y de aquí que la desesperación hubiera hecho presa en él, temeroso como se hallaba de que los esfuerzos fueran estériles. Libró, pues, la última batalla, y habló ante el Senado. Allí dijo con el acento de las convicciones íntimas todo lo que pensaba: su voz era de tristeza. Señaló los horizontes que aparecían con resplandores de incendio y los ocasos que se perdían en las tinieblas. Su palabra nacía del alma.

Yo he descrito en otro libro mio — *Historia de un Crimen* — el estado moral de Sarmiento después de pronunciar el discurso á que me refiero en el párrafo anterior: reproduzco la descripción.

Dice así:

«El autor de esta narración de sucesos históricos encontrábase por incidencia en las oficinas de la redacción de «El Nacional» el 7 de Octubre á la noche, en momentos en que el Ministro del Interior terminaba de pronunciar en el Senado el antecedente discurso. Poco después llegaba allí el General Sarmiento.

«Pocas, poquísimas veces podrá sufrirse impresión más triste, más angustiosa, que la que yo experimenté al encontrarme en presencia de este hombre. Pálido el semblante, arrugado el entrecejo, extraviada la mirada, tembloroso el cuerpo, temblorosos los labios, curvada las espaldas, va-

cilante el paso, aquel hombre con el traje cubierto de polvo, la camisa rugosa, la corbata desarreglada, las botas enlodadas, el sombrero descompuesto, no parecía no, el General Sarmiento, sino que asemejaba á desesperado de la vida que surge de una mazmorra, de una tumba, y no Ministro que viniese de dimitir su cargo, y orador que diez minutos antes habia pronunciado un discurso ante el Congreso. Y Sarmiento en aquel aspecto era hombre fuera de sí, porque al desarreglo de su rostro y al desarreglo de sus vestidos uníase el desarreglo de sus ideas, el desarreglo de sus recuerdos. Y todo su pensamiento, toda su acción, toda su vida refluían en la blasfemia que brotaba incoherente de sus labios, en el dicitario que esgrimía en soliloquio febril, en delirio exaltadísimo. Y con el bastón de caña de la India que comprimía entre sus crispados dedos, describía en el vacío círculos excéntricos y concéntricos, y líneas, y paralelas, y semicírculos, y ángulos, y rectángulos, como si con cada movimiento conspuyese una idea, una visión, un principio enemigo de la idea, de la visión y de los principios de Sarmiento. Y los nombres de Roca, Avellaneda, Tejedor, Del Viso, Juárez Celman, Rocha, y aún el suyo mismo los pronunciaba en incoherencia febrilísima, mezclando entrecortadas palabras, quebrados pensamientos, estentóreas maldiciones. Sarmiento en aquel estado parecía condenado por los infiernos abortado, ó

gigante convulso en interminable agonía, ó cíclope agitándose en las postreras convulsiones y desgarrando con mano crispada por la locura las propias y profundas heridas. Recreábase en el propio dolor, gozábese en la propia angustia, en la propia desesperación, y lágrimas de rabia que resbalaban á despecho de poderosos esfuerzos por las descarnadas y pálidas mejillas, escapándose de sus pupilas hundidas por la vigilia, el insomnio y la exaltación, parecían amarguísimas gotas de hiel que corrían á acibarar un corazón desgarrado por el despecho, despecho que se conformaba en la convicción de la propia impotencia, en la convicción de la propia derrota. «¡Yo, Sarmiento, yo, vencido!» Este grito que se escapaba como ciclópea maldición y que dominaba sobre todas las maldiciones que profería su convulso labio, resonaba como el postrer acento, como blasfemia máxima de su espíritu. ¡Sarmiento vencido! ¡El, que había gobernado seis años la República sin que dominase más voluntad que la suya! sin que brillase más pensamiento que el propio pensamiento! sin que venciese más ciencia que la propia ciencia! Y el ánimo se resentía, primero de resistencia invencible, luego de resistencia dominable, á admitir la evidencia de esta realidad. Y cuando la verdad en su completa desnudez presentó á los ojos del ministro caído el cuadro de su derrota, entonces las imprecaciones fueron muriendo en los cárdenos

labios, la ira fué amortiguándose, y las palabras dejaron de pronunciarse porque la lengua, en trabazón poderosa, se resistia á moverse dentro de las secas fauces. Y aquel hombre entonces, ese hombre que poco ántes en deliquio exageradísimo parecia próximo á caer vencido por la muerte en ataque de apoplegia rápida, fulminante, incontrastable, cayó en un ensimismamiento más terrible aún que la pasada cólera, porque su cerebro parecia barrido por el *simoum* ó por el viento asolador de la estepa rusa. Y una carcajada estridente, nerviosa, prolongada; una carcajada como la carcajada de Erasmo contra la Edad Media, ó como la carcajada de Cervantes, cuya risa se ha transmitido á todos los pueblos, á todas las muchedumbres, á todas las generaciones de la tierra; una carcajada así brotó del sér entero de Sarmiento, carcajada que repetida en mil ondulaciones vino en vibración postrera á resonar al oído de Sarmiento; y éste, sorprendido por el estridentísimo éco, se irguió sobresaltado, miró en todas direcciones, escuchó con atención admirada, y, no reconociendo la causa del sonido, olvidado de sí mismo, casi tembloroso, salió como rápida flecha, y en carrera aceleradísima llegó á su propia casa, donde rodeado de la familia, asistido por el cariño de los suyos, se entregó á reparador reposo, á benignísimo sueño. Y cuando los párpados, doblegados por los insomnios, iban á cerrarse, todavía una

vez más se oyó exclamar á este hombre: ¡Sarmiento vencido! Pero no fué éste nada más que el último relámpago de una tempestad que habia herido su espíritu; y el reposo curó las pasadas heridas y el hombre, aunque vencido, volvió á ser hombre.»

V

Nueve años hace que tuve el honor de estrechar entre mis manos, por primera vez, la mano de Sarmiento. Lo recuerdo todavía. Mariano Varela había puesto á mi disposición, por intermedio del querido Juan José Montes de Oca, las columnas de «La Tribuna» y yo iba diariamente á corregir las pruebas de mis artículos. Fueron entónces mis compañeros accidentales de tareas el malogrado Olegario V. Adrande, el volteriano Benjamin Posse y el erudito y galano escritor Miguel Cané. Sarmiento, no recuerdo si por estar haciendo alguna publicación ó por hacernos visita, iba todo los días, á las dos de la tarde, á la redacción. Esas visitas eran para nosotros motivo de alegría é instrucción, porque Sarmiento no estaba nunca callado. Unas veces ocupándose de la historia de Inglaterra, otras tratando cuestiones de derecho ó de política, nos mantenía siempre suspensos y hechos todo oídos para no perder el mínimo concepto. Aquello se había

convertido en una verdadera Cátedra de ciencia universal, en la que el maestro era un anciano y los discípulos hombres ya maduritos, entre los que figuraba yo como muestra de la edad infantil. Nosotros dejábamos de mano nuestras tareas y muchas veces llegaba la noche sin que nos apercibiéramos de ello con ganancia nuestra, pero con verdadero perjuicio del diario que amenazaba salir sin editoriales al día siguiente. Algunas veces se presentaba el regente — el inolvidable D. Saturnino Córdova, — todo apurado, jadeante, lleno de temores, á buscar originales que no existían: hubiera querido protestar de esa alteración inusitada de los hábitos *redactoriles*, pero él mismo don Saturnino olvidaba sus atenciones para aumentar el número de los discípulos que escuchábamos con recogimiento la palabra del venerable maestro.

Y así como no puede estar nunca callado no puede tampoco estar ocioso: es de una facundia inagotable. Siempre está trabajando. Cuando era redactor de «La Tribuna» ó de «El Nacional» producía artículos á vapor. Jamás se han publicado todas sus producciones porque habrían ocupado toda la primera página de cualquier diario. No es como Roque Saenz Peña que jamás escribe más de un artículo por día; al contrario. Sarmiento produce continuamente, crea, arregla, discute. No conoce el reposo. Desde el *eucaliptus* que fué él el primero en introducir en la República Argentina,

hasta la *carpa* de pedagógica memoria, Sarmiento lo ha abarcado todo en la palestra de sus combates periodísticos. No hay nada que no lleve el sello de su espíritu; hasta Junín y la Mar Chiquita, — esas dos aldeas argentinas, — van á transformarse ahora bajo la ejida de este viejo atleta.

VI

Sarmiento es el argentino que haya hasta hoy recorrido con mayor fruto las naciones del mundo: sus viajes han sido su más poderosa fuente de estudio. Ha conocido y tratado, en política, los más grandes hombres de Estado, y en la letras se ha codeado con los más reputados literatos del Universo. En cualquier pueblo que se haya detenido ha sido objeto de manifestaciones respetuosas. No recuerdo bien los detalles, pero sé que su consejo ha predominado en el Gabinete de Francia, respecto de la intervención francesa en Méjico. Cuando la ejecución del emperador Maximiliano, Mr. Thiers hizo llamar á Sarmiento (según me lo ha referido éste mismo) para pedirle parecer y, — agregaba Sarmiento — «le dí tales explicaciones, le mostré las cosas tan claramente, que Mr. Thiers modificó radicalmente su política y adoptó mis indicaciones.»

Lo mismo ha sucedido en Norte América: allí ha

conocido y tratado á Lincoln, á Longfellow, á Horacio Mann, etc., etc. Ha hecho sus experiencias y estudios, puede decirse en *anima vili*. Allí ha adquirido esa acentuación de ideas que le coloca en un nivel superior y allí pudo ver el ejemplo dado por la Guardia Nacional de Boston, ejemplo que Sarmiento ha referido en los siguientes términos:

«Cuestión más grave irritaba los ánimos de los doscientos mil habitantes de la *Atenas* de América, así llamada por la instrucción universal de sus habitantes. Tratábase de la libertad humana, de la abolición de la esclavitud, de la misma causa que después abrazaron los Estados Unidos é hicieron triunfar con un millón de vidas.

«El congreso mandó, por ley, que fuesen por las autoridades nacionales entregados á sus amos, los esclavos que de los Estados del Sur se escapasen aislándose en los Estados libres; y la ciudad de Boston en masa, jueces, gobierno, representantes, senadores, abogados, diaristas, capitalistas, fabricantes y obreros, todos sin excepción, salieron á las calles, se reunieron en masa irresistible, y con enormes vigas y barras de hierro forzaron la puerta de la prisión en que tenían á dos infelices esclavos prófugos de su amos, que habian venido á asilarse en la ilustre ciudad de la Nueva Inglaterra.

«Tienor Curtis, el célebre autor de la historia de la Constitución, era por entonces simple Marshal, y ofició al Presidente refiriendo el hecho y decla-

rándolo *delito de alta traición á los Estados Unidos*, por ser de los comprendidos en la palabra *to make war*, hacer guerra á los Estados Unidos sin necesidad de hacer armas.

«El Presidente, en lugar de declararlos rebeldes y mandar intervención, movilizó la guardia nacional de Boston, mandando que sus cuerpos formando línea de la cárcel al puerto, y abriendo filas, custodiasen á los negros para entregarlos á bordo del buque que debía llevarlos á sus amos del Sur; y aquellos mismos jueces, abogados, diaristas y jóvenes, ahora *guardias nacionales*, custodiaron con el fusil al hombro á los mismos negros que habían arrebatado de la prisión»

VII

Todas esas prácticas europeas y norteamericanas que ha tenido ocasión de estudiar de cerca, le han formado ese carácter *sui generis* que le singulariza, y le han imbuido de ese odio á la guerra civil que es su convicción más profunda. Toda su alma la dedica á la inculcación del respeto á las leyes, á la Constitución, á los poderes legítimos. Su palabra tiene tal influencia sobre los ánimos, que siempre convence, aunque no siempre triunfe. Por consecuencia del medio intelectual en que se ha formado no puede prescindir de personalizar en sí mismo sus ideas. Así se explica que siempre haya dicho que él es el único hombre capaz de salvar á su país. Lo cierto es que sería injusto negarle ese honor, porque lo ha hecho muchísimas veces. Tiene Sarmiento cincuenta años de vida pública y ha sido adversario ó compañero de todas las entidades sud americanas que han sido algo en política. Desde Quiroga á Laprida, desde Las He-

ras á Urquiza, desde Rivadavia al Dr. Velez Sarsfield, todo lo ha abarcado y conocido Sarmiento.

Nadie seria osado á negar que es un hombre verdaderamente patriota. Quiere á su país con la intensidad con que una madre quiere al hijo de sus entrañas, porque no se puede negar que Sarmiento ha sufrido muchos dolores en holocausto á su patria: yo lo he visto casi lloroso en los dias en que la guerra civil parecía inminente y le he visto plenamente convencido de que él era el único que podia salvar el país. Recuerdo, como si lo estuviese oyendo todavía, la conversación que sostuvo en 1880 con el doctor Tejedor, cuando éste iba á alzarse en abierta rebelión contra la autoridad nacional.

—Y yo os digo, amigo D. Carlos, decia Sarmiento, que os encontrais en el inescrutable deber de producir la paz. Y como la paz amenaza quebrarse, ora triunfe la candidatura de Vd., ora la del general Roca, necesítase anular esas candidaturas. El país está cansado de guerras civiles y de luchas armadas. Con el tiro nacional vamos indefectiblemente á la guerra. ¿Sabéis lo que significará la guerra? Significará el caos, la ruina indiscutible del país.

—Y yo os respondo, amigo mio, que la guerra no la provoco, ni la necesito, ni la busco, ni la temo, ni la rechazo. Os digo que ya he presentado

una proposición que toca al partido autonomista, ó más bien al general Roca, admitir ó rechazar.

—¿Pero qué habeis propuesto?

—¡Cómo! ¿No lo sabéis? He propuesto al general Roca el cambio de nuestras renunciaciones en favor de un tercer candidato, *rechazado por el país*. Tómenme la palabra. Yo no tengo ambiciones personales.

—Pero si habeis hecho proposición semejante, ¿por qué no aceptais mi candidatura?

—Pero porque no puedo. Yo no debo tiranizar al partido de que soy jefe. A los partidos conciliados corresponde ponerse de acuerdo respecto del candidato.

—Pero no veis la contradicción en que incurris? Si se llegan á poner de acuerdo ¿cómo habrá de ser mi candidatura rechazada por el país? ¿No veis la realidad? ¿No la veis? No es á los partidos, sinó á los jefes de esos partidos á los que corresponde resolver. ¿Por qué no resolvéis?

—Ah, nó, mi querido Sarmiento. Soy jefe de un partido, es cierto, pero del partido de la conciliación. Mi conducta debe, pues, ser siempre conciliatoria. Me debo, además, á mi partido.

—Pero si el partido de la conciliación rechaza mi candidatura!

--Esperaos!... no tanto! La fracción nacionalista de los partidos conciliados sí, pero la fracción autonomista no rechaza vuestra candidatura.

— Pero si sabeis, amigo D. Carlos, que la mitad del partido de la conciliación apoya mi candidatura como candidatura de transacción ¿por qué no la aceptais?

— Porque no puedo !

— ¿Cómo, que no podeis?

— Sí; no puedo porque pertenezco al partido de la conciliación. Aceptar vuestra candidatura sería quebrar mi bandera política.

— ¿Pero creéis que el partido nacionalista os sostiene sinceramente? ¿Creéis que os considere de otra suerte que como instrumento dócil y manejable? ¿Creéis que no sobrevendrá mañana esa ruptura que tanto temeis producir ahora?

— Yo no creo nada. Pertenezco al partido de la conciliación y no discuto la tendencia de ese partido.

— Pero, ¿y mañana?

— Mañana ! . . .

— Sí; mañana. Os pregunto por el mañana por que os veo obcecado. ¿Creéis por ventura que dirigís el torrente? Pues os equivocais, el torrente os dirige, amigo mío. ¿Creéis que la conciliación está sometida á vuestra voluntad? Fijaos y vereis que vuestra voluntad es la que está sometida á la voluntad del partido de la conciliación. Ah! creéis ser la fuerza que todo lo mueve y no sois más que el éco que la montaña repite; creéis ser el gigante que todo lo puede, y no sois más que el niño que

todos acarician, es cierto, pero también que todos seducen y que todos engañan! Veamos, ¿ creéis ser vos quien lleva á Buenos Aires á la guerra? Pues os engañais completamente, porque la conciliación es quien os ha constreñido á la *resistencia*.

— ¿Y creéis que no lo sé?. . .

— Pues si lo sabeis, ¿ por qué dejaros arrebatado por la corriente? ¿ No veis que la corriente conduce al abismo? ¿ Por qué no quebrais los vínculos que os estrechan al partido nacionalista?

— ¿ Pero como me haceis semejante propuesta? ¿ No comprendeis que admitirla sería hundirme? ¿ No comprendeis que rodaría desde la altura en que me encuentro para caer desprestigiado y maldonado? ¿ No os apercibís que mi fuerza, mi influjo están en la política de resistencia y en el concurso del partido nacionalista?

— Pero, — gritó Sarmiento; — ¿ no veis que os conducen á la guerra?

— Bien lo sé. ¿ Creéis que no lo veo? Pues os equivocais completamente. Voy á la guerra por que la guerra es mi recurso. ¿ Qué importa que el impulso venga de abajo, cuando el rayo surgirá de arriba?

— Pero, ¿ y el país? ¿ No prevéis que la guerra producirá su ruina? ¿ No comprendeis que la *resistencia* labrará su desgracia?

— Lo comprendo. ¿ Y qué puedo hacer?

— Evitarlo.

— ¡Evitarlo! ¿Y para qué? ¿No os he dicho ya que resistir la fuerza que me impele á la guerra sería labrar mi propio desprestigio? ¿Cómo que-
reis que yo mismo me aniquile?

— Pero, os lo vuelvo á repetir, ¿y el país? ¿No veis la desventura á que le conducís? ¿No valorais la responsabilidad que os atribuirá la historia?

— ¡Ah no! Ya sé lo que valen las responsabilidades históricas. La responsabilidad recaerá sobre el que resulte vencido. ¿Créis que después del triunfo de la *resistencia* seremos otra cosa que defensores de la libertad y del derecho? La victoria lo justifica todo.

— Entonces vuestra conclusión es?...

— Qué nada puedo hacer por vos, amigo mio. El partido de la conciliación puede hacerlo todo pero el Gobernador de Buenos Aires nada.

Y con estas palabras se separaron estos dos amigos, con el profundísimo pesar de no haber triunfado el uno y con la inmensa alegría de haber separado un obstáculo, el otro. Ambos habian manifestado todo su pensamiento, pero uno abrigaba la convicción íntima de haber lidiado por la felicidad del país y el otro con la seguridad implícita y tácitamente manifestada de haber antepuesto la propia suerte á la suerte del pueblo, la propia felicidad á la felicidad del país.

VIII

Sarmiento ha llegado en estos últimos años á un grado tal de gloria y de potencia, que ninguna ambición literaria ni política puede nunca haber soñado llegar más alto. Es, por acuerdo cuasi universal, el primer escritor y estadista de Sud América. Su nombre y sus obras están esparcidos por doquiera y de un libro nuevo suyo desaparecen diez mil ejemplares en pocos dias. Sus trabajos juveniles son buscados hoy mismo como cuando por la primera vez anunciaron su nombre en América y todos sus treinta volúmenes están llenos de juventud y de vida como si hubieran aparecido á la luz pública, juntos, pocos años há.

La vida de Sarmiento ha sido una guerra continua; una guerra literaria primero, una guerra política, luego, acometida en las asambleas y seguida en el destierro. Ningún otro escritor de su tiempo fué mas combatido y ningún otro se asentó, viejo, sobre un pedestal igual, formado de

despojos enemigos. Legiones interminables de adversarios iracundos le obstruyeron el camino: — Sarmiento pasó — aquellos desaparecieron. Sus grandes rivales descendieron unos después de otros al sepulcro; una serie de trágicas desventuras dispersaron su familia; todas las ramas de este árbol cayeron una tras otra fulminadas, pero el viejo tronco permaneció enhiesto é inmóvil.

Ha pasado por todas las situaciones de la vida: fué pobre, perseguido, proscrito; vivió vituperado, vagabundo, solitario, satirizado, pero prosiguió impasiblemente su enorme trabajo. En épocas en que parecía aplastado, se alzó de improviso, trasfigurado, con obras llenas de nueva fuerza y nuevas esperanzas. En todas las sendas de la literatura Sarmiento ha dejado *l'impronta* de sus pasos gigantescos. No ensayó, no, asaltó todos los campos del arte y los invadió tempestuosamente, arruinando, talando, dejando de todos lados los rastros de una batalla. En la tribuna, en el gobierno, en la prensa, en la patria, en el destierro, en la ciencia y en la crítica, joven ó septuagenario, fué siempre y á la vez audaz, obstinado, desenfrenado, provocativo, rudo, furioso, salvaje. Creóse ejércitos de enemigos pero él venció á esos ejércitos. Una legión de escritores entusiastas y fieles le ha rodeado y combate en su defensa y en su nombre. Mil ingenios distinguidos no brillaron, en diversas épocas, de otra luz que el reflejo del genio de Sar-

miento; otros, atraídos á su órbita, murieron allí y otros se han empeñado inútilmente toda la vida por arrancarse de la frente la señal que él les ha estampado.

Una riqueza enorme de imágenes, de sentencias, de recuerdos, de estilos, de nuevas formas del arte difundidas por él, circula, vive y fructifica en toda la literatura americana. Él es, desde hace medio siglo, argumento continuo de discusiones ardientes y fecundas, pero hoy su edad, sus desventuras, su inmensa fama, la vitalidad poderosa de sus obras, vigorizada por éxitos recientes, la popularidad de su nombre vivificada continuamente con su palabra y su presencia, lo han puesto fuera de toda crítica. Sus más encarnizados enemigos de un tiempo callan; sus más acérrimos adversarios políticos saetan al estadista pero respetan al escritor como una gloria americana. Quien no le reconoce gusto literario, acepta sus ideas; quien no acepta sus ideas, es admirador de la forma; quien no admira decididamente ninguna de sus obras, admira y exalta la vastidad grandiosa del edificio que forman todas juntas. Nadie le contesta el genio, ninguno, hablando con los extranjeros, se muestra indiferente ú hostil al homenaje que se le tributa, y, aún cuando le odie, se enorgullece. Ha llegado á ese punto culminante de la gloria del cual no se puede salir sino muriendo. Su casa es una romería. Escritores y artistas de todos los países, estadistas

y trabajadores, entusiastas ardorosos, van á visitarlo.

Cada aparición suya en público es un triunfo. Su retrato está por doquiera y su nombre suena á cada momento. Se habla de Sarmiento como de una gloria consagrada por los siglos y se le prodigan esos elogios desmesurados y solemnes que solo se conceden á los muertos, y, sin embargo, él está allí, lleno de vida, de fuerza, de ideas, de proyectos y anuncia á cada instante la aparición de un nuevo libro suyo.

IX

Sarmiento es un educacionista notable. Esa energía predominante de su carácter; esa actividad de que no sabe desprenderse, le ha llevado siempre á perseguir con verdadero ahinco el perfeccionamiento de la educación no solo en su patria, sinó también en Sud América. No es, ciertamente, como Pestalozzi, á quien su amor á los niños le llevó á ser maestro y á implantar su sistema pedagógico que hace de la escuela felicísimo hogar y del maestro amorosísima madre. Sarmiento es educacionista, pero al mismo tiempo es hombre de Estado. Pestalozzi, pasando de la cátedra de la enseñanza al lecho de sus discípulos enfermos y agonizantes, representa la predilección por la edad infantil, esa predilección de que dá hermoso ejemplo Ricardo Gutierrez en Buenos Aires. Para Pestalozzi, el discípulo es un hijo, un sér á quien ama y desea dar instrucción y ciencia para que más tarde, —hombre ya, — no deba atravesar en el mundo por las vici-

situdes del Robinson tan magistralmente representado por de Foë en su libro imperecedero. Sarmiento siente las mismas aspiraciones, pero teniendo por objetivo no al niño mismo sino al Estado, á la nacionalidad. Pestalozzi, sentado junto al lecho de un sér infantil próximo á desaparecer de la vida, sentía el alma desgarrada, el pecho oprimido, porque solo veía en aquella muerte la desaparición de un amigo, de un compañero, de un hijo al que voluntaria y amorosamente había querido servir de madre, allá en los asolados campos de Iverdúm. Una muerte semejante es para Sarmiento solo una cuestión social que encarna la desaparición de una fuerza utilizable y necesaria. Podría casi decirse que preocupado únicamente del porvenir de la República Argentina y de la América toda, no ha tenido Sarmiento oportunidad de descubrir que los niños son fuentes de inagotables cariños. Pestalozzi era un pedagogo-poeta, mientras que Sarmiento es un pedagogo-estadista.

En este su afán de asentar bajo sólidas bases el regimen de la educación popular le sorprendió la edad madura y le ha sorprendido la ancianidad. Hace casi treinta años que la pedagogía americana experimenta el influjo de Sarmiento. Referíame una vez don Valentin Alsina lo original que era la enseñanza escolástica allá por los años de 1820. Un ciudadano español, sabe Dios si maestro ó no, explicaba verbalmente á sus discípulos la materia que

debía enseñarles, la gramática, por ejemplo. No tenía ante sí texto alguno, ni lo tenía en su biblioteca: «el arte de hablar y escribir correctamente» que transmitía á sus discípulos estaba en la cabeza del maestro y éste no podía ni aún decir cómo ó dónde le había aprendido. Nuestro mentor, — decía don Valentin, — nos enseñaba á escribir Enrique con *H.*, haber *v.*, Calixto con *K.*, vejación con *x.*, nos prescribía poner ortológicamente, punto en vez de punto y coma, dos puntos en lugar de punto final, y por éste orden todo lo demás. Nos educaba como si estuviéramos en la época de don Alfonso el Sabio. Esta es la razón, — agregaba, — por qué todos nosotros no sabemos escribir. De los de mi tiempo solo aquellos que han ido á educarse á Europa pueden hablar sin vanagloria de su ciencia.

Sarmiento ha tenido ocasión de ver todo esto, si bien ha podido sustraerse á tan pernicioso influjo merced á haberse criado entre obispos, corrido tierras y llegado á la época actual, á la que deseo sobrepase viviendo muchísimos años aún.

Para salvar esas deficiencias fué el primero en fundar las escuelas normales que actualmente son verdadero semillero de maestros y maestras. Y así, de esta manera, casi todas las instituciones establecidas en América se deben al influjo de Sarmiento. Fué el primero en crear los jardines de infantes; implantó la educación del cuerpo y la edu-

cación de la inteligencia; prohió el sistema de la enseñanza por medio de imágenes. Ultimamente ha ayoyado la educación laica, aún cuando por ahora no puede decirse si es ésto un progreso ó un atraso. Mañana se sabrá positivamente, si dejar que el alma divague sola, y vaya á detenerse en la fé á que la haya guiado un instinto del bien que no puede tener por sí, es un adelanto de que puedan vanagloriarse los pueblos que necesitan multiplicar los virtuosos ciudadanos. Sarmiento, seducido por el ejemplo de los países más adelantados, principalmente Norte América, ha dicho que sí, pero Avellaneda usando otros ejemplos y procediendo por juicios téticos, antitéticos y sintéticos, sostiene que nó. Pronto se tendrá ocasión de juzgar lo cierto.

Sarmiento ha estudiado todo lo que concierne á la educación. Ha comenzado por los edificios en que las escuelas deben establecerse: conoce la capacidad, la altura, la ventilación, las mil condiciones que esos edificios necesitan poseer. Ha seguido luego por los bancos y sabe cuántos sistemas existen y cuál de ellos es el mejor. Después ha pasado á considerar el desarrollo físico de los educandos, y conoce qué ejercicios gimnásticos son indispensables para auxiliar con el desarrollo y agilidad corporales el desarrollo de la inteligencia. Luego ha estudiado el arte tipográfico en sus relaciones con la pedagogia y ha establecido en qué papel y con

qué tipos deben estar impresos los libros de educación para evitar que la miopía se propague en los niños. Sabedor de que en esto no consistía todo, ha entrado en el orden de las simplificaciones. Un sistema especial de escritura convierte á los educandos en calígrafos de primer orden en poco tiempo; una serie de objetos, calcados sobre el sistema de Pestalozzi, dá á los niños acabada idea del yermo, de la casa, de la aldea, del pueblo, de la ciudad, del mundo y la creación; y un sistema de canciones les hace agradable la permanencia en los colegios, les dibuja perspectivas atrayentes, les forma la voz y les fortifica y ensancha los pulmones. — Andan por ahí mil libros con que Sarmiento ha contribuido eficazmente al progreso de la educación. Todos tienen el sello de la época, muchos han caído en desuso porque su tiempo pasó, pero los últimos encierran las ideas más modernas y están perfectamente al día y representan los más adelantados progresos del arte pedagógico. Ayer, no más, ha llegado Sarmiento de Chile, *á lomo de mula como los redentores*, á donde fué á realizar un acto que es, por ahora, su último servicio á la educación americana.

X

Pero este hombre no sería verdaderamente grande sino la abarcara todo: es estadista diplomático, pedagogo, literato, escritor y orador notable. Estoy ciertísimo que de los que lean estos renglones, ninguno dejará de recordar los tiempos aquellos en que devoró, joven, los primeros libros de Sarmiento que le cayeron entre las manos. Hemos experimentado todos — yo, y los que estas páginas recorran, estoy seguro, — una hasta entonces jamás sentida emoción, profunda, confusa, inolvidable, una maravilla ingénuo al considerar á este hombre á la vez dulce é iracundo, fantaseador y práctico, insensato y sublime, que al lado de un pensamiento ridículo coloca la revelación de una gran verdad que obliga á todos á prorrumpir en un grito de estupor.

Tiene, como escritor, una pluma poderosa que destaca las figuras que quiere representar: usa de la misma potencia para describir el beso dulcísimo

mo de dos amantes ó el horror sangriento de un delito. Es á las veces ingénuo como un niño, afectuoso como una dama, místico como un profeta, violento como un orador de la Convención, triste como un hombre sin cariños y sin esperanzas. Su pluma nunca es rebelde á nada. Con el mismo vigor de todas las horas expresa las vagas sensaciones de la infancia, las primeras inexplicables turbaciones amorosas de la pubertad, las luchas más íntimas del corazón de la niña y de la conciencia del asesino, — Facundo ó el *gaucho malo*. — Pero Sarmiento no procede en sus escritos como la generalidad de los escritores. Unicamente en el primer momento de la concepción es observador tranquilo y fiel; luego, su carácter originalísimo lo invade todo, y apoderándose gigantesca-mente de su idea la trasporta más allá de la tierra. Siempre está presente en sus escritos y hace de la lectura una verdadera y encarnizada lucha. Se apodera del lector casi á empujones, lo levanta, lo estruja, lo humilla sin preocuparse de su existencia y le hace que divague, en bambaleos de ebrio, del fastidio irritado al entusiasmo ardiente. Pero luego, allá al fin de la página, cuando el lector está próximo á pronunciar el anatema, surge, se agiganta, se precipita un pensamiento que hace dar un salto, y exclamar maravillado, confundido, fuera de sí: — tiene razon! — Es un pensamiento que se clava para toda la vida en la

memoria, una palabra sublime que compensa de las humillaciones sufridas, y después de la cual se veá Sarmiento allí, derecho y gigantesco, firme sobre el pedestal que vacilaba.

Todas las obras de Sarmiento están coloreadas del reflejo de una vida ignota ya anteriormente por él gozada en un mundo desconocido, al que parece aludir vagamente en cada página como impaciente de los límites por que se halla detenido sobre la tierra. Una fantasmagoría inmensa de cosas ignoradas de la humanidad parece atormentarle como una visión febril. Los reyes fabulosos del Asia, las supersticiones de todos los siglos, las leyendas más originales de todos los países, los fenómenos más horrorosos de la naturaleza; todos los delirios, todas las alucinaciones de la mente humana, todo ha pasado por su pluma. Los personajes citados en sus escritos llevan la marca de su estilo originalísimo y hablan el lenguaje del genio; son como él grandes estadistas ó grandes soñadores, estatuas en las que ha estampado su nombre, larvas de contornos más que humanos que se ven agigantadas á través de la bruma que las trasfigura.

Sarmiento ha nacido y se ha hecho escritor. El jamás presenta el trabajo concluido ni el resultado último de sus estudios, la última idea á que ha llegado por una sucesión de ideas. Hace, por el contrario, seguir al lector el proceso íntimo de su pensamiento, casi tocar las piedras con que cons-

truirá el edificio. Convocará al lector á que presencié todas sus inútiles tentativas, las *dégringolades* sucesivas de las partes mal fabricadas, para que contemple el trabajo concluido. De pronto se apodera de él el soplo de la inspiración y escribe entonces con furia, con lo que cae entre las manos, y parece en aquellos momentos que siéndole la pluma insuficiente, cerrara el puño y empapándolo en tinta diése sus toques naturalistas á golpes poderosos y ciclópeos sobre el papel. Su idioma no le basta, y tomando palabras extrañas de cien pueblos y estilos literarios se forja un language suyo, lleno de enigmas y de licencias, de laconismos poderosos y delicadezas inimitables, language á las veces trivial, técnico, académico, vaporoso, brutal, solemne.

Aún en aquellas páginas fatigosas en las que pretendiendo explicar lo inexplicable trata de modo vario su propio concepto, acumula metáforas sobre metáforas, parangones sobre parangones, y recorre todo su misterioso language de tinieblas y de luz, aún allí mismo su fuerte y riquísima dicción no basta á dar ni una mínima y pálida idea de ese no sé qué de inmanente y monstruoso que guarda en su cerebro. En esas páginas los pedantes encuentran fácil presa para la crítica que destruye y satiriza, pero el alma del pensador y del artista siente el aliento del titán que lucha con potencia sobrehumana, y asiste á esos esfuerzos poderosos,

respetuoso y maravillado, como si asistiese á uno de esos espectáculos en los cuales un hombre arriesga la vida.

El más grande y encarnizado adversario político y literario de Sarmiento ha sido el doctor Guillermo Rawson. Y sucedíale á éste que leyendo los escritos de Sarmiento y al llegar á cierto punto, el desequilibrio de las facultades, el prevalecimiento de la fantasía sobre la razón, la frecuencia de las aberraciones, le cansaban y enfurecían espantosamente. Los relámpagos del genio no bastaban á compensarle de los continuos sacrificios que debía hacer el buen sentido y se sentía hastiado, desdeñoso; y abandonando meses y meses á Sarmiento, reconquistaba su dignidad de hombre, y de lector, y de polemista, y de escritor. Pero esto era solo ficticio y llegaba un día en que Rawson se sentía presa de súbito entusiasmo y una necesidad instintiva de algo extraño y magestuoso le arrojaba de nuevo sobre aquellos diarios y libros que antes había tirado lejos. Y entonces Sarmiento se apoderaba de Rawson nuevamente, le sojuzgaba, le hacía como si dijéramos vivir en él por un nuevo período de su vida. Y esto sucedía porque el abuso que hace de un concepto sublime, al ser leído ofende, ciertamente, pero, borradas de la memoria las particularidades erradas ó excesivas, el pensamiento se destaca imprescriptible y queda grabado en la memoria para siempre.

XI

Sarmiento es el más grande de los oradores de su tiempo: tiene el genio y la elocuencia de Demóstenes. Su educación literaria, sus continuas y bien aprovechadas lecturas, sus viages y su contacto con los grandes oradores del siglo, le han llevado á convertirse en maestro de la palabra. Reune á la entonación clara y vigorosa una ortología perfecta, una posesión acabada de los gestos y movimientos indispensables en las oratoria y encuentra siempre en su pensamiento alguna idea que expresada por él maravilla y seduce al auditorio. Cuando se anuncia alguna fiesta en que Sarmiento haya de hacer uso de la palabra, su presencia es el espectáculo más deseado y casi el único objeto de la reunión. Cuando aparece al público se le saluda con un aplauso formidable, uno de esos aplausos que deben dejar en el alma de quien los recibe una impresión inolvidable y casi pía. Es un aplauso tempestuoso, obstinado, interminable.

En el parlamento ha obtenido de esos triunfos oratorios que no se alcanzan fácilmente. En medio de una mayoría adversa que remedando revuelto mar de pasiones gritaba con despreciativo acento— «¡que lo dejen hablar! ¡que lo dejen hablar!»— pronunció hace casi treinta años un discurso parlamentario conspuyendo las cegueras políticas del momento. «Habria podido decir — refiere Sarmiento — Sr. Presidente de cobardes, pido la palabra por sexta vez;» pero veinticuatro horas más tarde aquella asamblea estaba arrepentida de haberse burlado de Sarmiento y cometido el desacierto de doblegarse á Urquiza sacrificando á don Valentin Alsina.

En otra ocasión, en no sé qué otro discurso parlamentario, trajo á colación sus recuerdos juveniles. Sustituyéndose á Demóstenes en sus exhortaciones á los Atenenses, se dirigió á sus colegas del Senado Nacional para referirles cómo habia él, siendo joven, visto exhalar el último suspiro al doctor Laprida; y la Asamblea como movida por un resorte, como un solo hombre, se puso simultáneamente de pié, rindiendo así público é instintivo homenaje á la memoria del patricio desaparecido y al viejo atleta que lo evocaba como un ejemplo á la juventud y á la patria.

En sus discursos políticos, que pueden llamarse académicos, acostumbra á familiarizarse con el

auditorio colocándose á su misma altura. De esta suerte, una vez que tenia que desarrollar su programa de gobierno á un grupo de jóvenes que había levantado la candidatura de Sarmiento para Presidente de la República, pronunció un discurso lleno de *juventud*, de perspectivas bulliciosas y alegres, de cuentecillos chispeantes y pertinentes al caso.— *Vous le voyez bien*,—decía;— *rien dans les mains, rien dans les poches*. Y sin embargo—agregaba, prometo realizar en el gobierno tales y cuales reformas, sostener tales ideas y cumplir tales proyectos. Soy un prestidigitador político, así como Hermann es un prestidigitador *amusant*: lo repito: *rien dans les mains, rien dans les poches!*

En otra ocasión habia sido Sarmiento nombrado padrino de la bandera del 11º batallón de infantería de línea que iba á bendecirse y desde mucho tiempo antes se hablaba en los círculos sociales, como de un acontecimiento, del discurso que el padrino iba á pronunciar. Todo lo que Buenos Aires tiene de más distinguido en las ciencias, en el foro, en el comercio y en las letras se dió cita en las gradas del perístilo de la Catedral, donde la ceremonia tuvo lugar. Ni Moltke ni Mac Mahon habrían producido un discurso más militar que el que pronunció Sarmiento. Había algo de las proclamas de Julio César al ejército cuando Sarmiento dijo, dirigiéndose al

Coronel Bosch:—«El general Las Heras tenía vuestra bizarría y era de vuestra elevada talla: os invito á que prosigáis, como él, la máxima de no violar las leyes de la ordenanza y no rebelaros nunca contra las autoridades constituidas. Sois joven, y podeis continuar en la historia el criterio del patricio á quien vuestra fisonomía y vuestro físico tanto se asemejan.» De ahí á crear la emulación, á dar norte á los instintos humanos, á entusiasmar los corazones no hay ni un paso: esa es la fuerza oratoria de Sarmiento.

XII

Cincuenta años de continuo trabajo intelectual no transcurren en vano. Un físico como el de Sarmiento, así combatido por tan encontradas fuerzas, ha debido necesariamente enfermar, y ha enfermado. Ayer no más, el periodismo nos hacía saber que el septuagenario había vuelto á la infancia porque su organismo solo admitía alimentos lácteos. Efectivamente: la ciencia médica encontró que aquella naturaleza que durante diez lustros había resistido con hercúlea fuerza tantas y tan rudas emociones, estaba ya casi vencida, y Sarmiento ha debido desde entonces someterse á un régimen higiénico y reconstituyente que le prescribe que solo se alimente con leche.

Pero ni aun así su espíritu permanece inactivo y ageno á esa impulsión de progreso que lo caracteriza. Enfermo, débil, casi diríamos *amantándose*, ha descubierto no sé que fuentes

de prodigios en las *carpas* y consagra todo su ardimiento á una nueva reforma, á una creación utilísima. ¿Se tratará de nuevos eucaliptus, que fué el primero en introducir en la República? ¿Será otro Chivilcoy como el que fundó y del cual se enorgullece con razón?...

No lo sé, pero todos creemos en Sarmiento y en la bondad de sus obras. El viejo luchador es para nosotros eternamente joven, y emprendedor, y activo, y en toda obra á la que vincula su nombre y su esfuerzo, se encuentra rodeado por la veneración de unos, el cariño de otros, el aplauso de los más y la admiración respetuosa de todos.

Montevideo, Noviembre de 1884.

(Publicado en *El Ferro-Carril*.)
